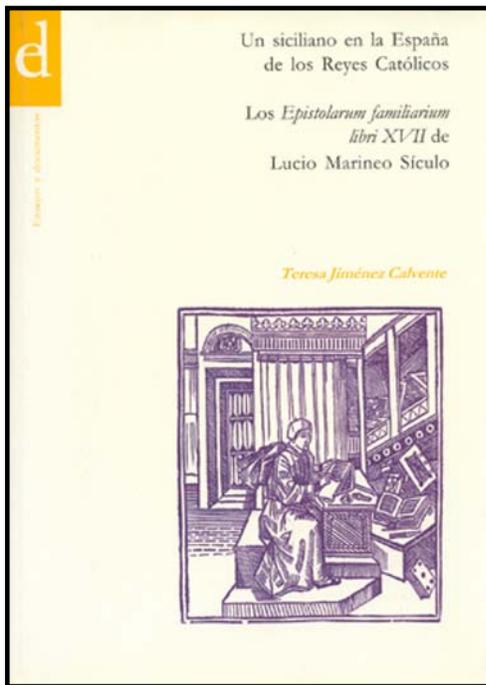


Jiménez Calvente, Teresa. *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los 'Epistolarum familiarium libri' XVII de Lucio Marineo Sículo*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones, 2001. pp. 873.

ISBN: 94-8138-464-X

Reviewed by Adelaida Cortijo Ocaña
University of California, Berkeley



Los fines del siglo XV y comienzos del XVI son de extraordinario interés para vislumbrar la creación de conceptos, modos y maneras del ser nacional. En esta época de definición –por vez primera– del ser moderno español figuran hechos relevantes como la conquista (descubrimiento) de América o la expulsión de los judíos y la formación de la llamada unidad nacional bajo los Reyes Católicos, hechos de sobra conocidos por el público lector. Algo menos lo son el ímpetu transformador de Nebrija en su universidad salmantina o la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares por el cardenal Cisneros. Y menos aún el ambiente que rodea las esferas universitarias y cortesano-letradas de la época de los Reyes Católicos, verdaderos motores de impulso de la febril actividad cultural e ideológica que llevará de la mano al Renacimiento español. Por encima de cualquier otra consideración, estos años a caballo entre la Edad Media y el nuevo siglo XVI son una época formativa y un caldo de cultivo para la gran eclosión de

la literatura renacentista española y, en especial, para el desarrollo del prestigio del letrado, del sabio, del humanista. Las cortes hispánicas miran culturalmente a Italia (cuna del Humanismo) y de ella vienen modas y usos cortesanos. Nebrija, tras su estancia italiana, será luego en la Península el gran debelador de la barbarie escolástica; de la Italia de príncipes letrados vendrán a España, tras estancias breves, admirados por lo que allí vieron, Juan del Encina y Bartolomé de Torres Naharro para asentar en nuestro suelo esa moda por el teatro en vernáculo que será el acicate para el gran drama del siglo XVII; Andrea Navagero inspirará a Boscán la idea de la imitación del verso italiano, luego sublimado por Garcilaso y los petrarquistas. Así se va produciendo este movimiento de trasvase cultural –*translatio imperii*– que aupará a España y su producción cultural de su medianía medieval a potencia cultural del siglo XVI.

Esta historia que he abocetado a grandes pinceladas también se puede escribir por medio del relato demorado de los entresijos de la febril actividad cultural de corte y universidad a que hago mención y es el objeto del estupendo libro de la doctora Jiménez Calvente. Ella se centra en una de las figuras clave de este magma cultural en eclosión, olvidado hasta cierto punto por la crítica y nunca estudiado con la exhaustividad y bien hacer de que la autora de pruebas en su libro. Lucio Marineo, el Siciliano –como Pedro Mártir de Anglería y muchos otros– es uno de tantos humanistas que acude –preludio de la fuga de cerebros de nuestro mundo contemporáneo– a la Península Ibérica para abrirse camino con su pluma. Allí trabajará en la Universidad de Salamanca y pasará luego a formar parte de la corte de Fernando el Católico. Será preceptor,

gramático, historiador y, ante todo, testigo de esta época de la cultura en su abigarrado *Epistolario*. En sus más de cuatrocientas cartas latinas –editadas y prologadas en el libro que reseñamos– nos abrirá una ventana a la sociedad y cultura de esta época y será a la vez ejemplo y prueba de que el *letrado* puede hacerse un futuro en esta nueva sociedad.

La carta –el género epistolográfico– resulta así el verdadero tema del libro de Jiménez Calvente. Tratados de epistolografía se enseñan a las nuevas promociones universitarias del 1500, pues la carta supone, en esencia, el modo y ser de una época. La carta es trasunto de este mundo en ebullición, mundo de la recuperación de las ciudades tras su debacle medieval, mundo de ascensión de nuevas clases sociales (léase burguesía) a los puestos directivos de la sociedad. Mundo, en suma, en comunicación, mundo en diálogo, mundo en debate crítico de varios puntos de vista. Y el modo como esta nueva e incipiente sociedad renacentista –sociedad moderna– introduce el ojo y la mente crítica que acabará llevando a Descartes es a través de una literatura tan en movimiento como la sociedad misma que le da amparo: es decir, mediante las modalidades del diálogo, la carta y la novela. Cartas escriben de modo abundante los nobles tardomedievales; cartas escriben los humanistas y profesores de universidad; las cartas empiezan a fluir desde América y ponen en contacto desde la década de los años veinte del siglo XVI a familiares a ambos lados del Atlántico; con cartas se construye el primer género literario *best-seller* de la literatura española, la novela sentimental, y de una carta parte el gran *Lazarillo de Tormes* unos años después; el diálogo impregna esta nueva sociedad lectora y a través del mismo se vierten algunas de las ideas más innovadoras y críticas por parte de los Luis Vives, Alfonso de Valdés, Guevara, etc.; la novela, esa nueva manera de reflejar el mundo y de enjuiciarlo, modo nuevo de contar que llevará desde sus modos incipientes del XVI al *Quijote*, parte asimismo de la dialéctica de un yo-tú que vive en diálogo constante y que sólo se puede concebir desde la sociedad en vértigo de cambio que la ve nacer. No hay exponente mayor de esta sociedad que dialoga –el hombre que substituye a Dios como centro cósmico– que las cartas que se cruzan entre sí los miembros de la *república de las letras*, humanistas y letrados renacentistas de los que Marineo es exponente. Como miembros de una sociedad universalista que se aúna en torno a las ideas de un pasado ideal clásico, una confianza inusitada en las posibilidades críticas de la razón humana y el hombre y un concepto que resume lo anterior y se tilda de *amistad* (*amicitia*), las cartas son un vehículo de comunicación, contacto, reflexión intelectual, ejercicio de estilo e individualidad pensante.

Jiménez Calvente ha acertado al rescatar una figura olvidada, al sugerir que los mundos de la universidad y la corte letrada –con figuras como Lucio Marineo– son en la encrucijada de la Edad Media y el Renacimiento algo más que simples edificios-palacio con olor a museo. Este libro está llamado a leerse como una introducción al Renacimiento y el Humanismo con los de Bataillon, Di Camilo, Francisco Rico, Gómez Moreno, etc. Las acertadas *acusaciones* de Kristeller y de quienes más han hecho por estudiar el humanismo latino europeo porque no se contaba con estudios de conjunto que analizaran con seriedad y bien hacer esta época tan crucial para la historia cultural española tendrán ahora en este libro de Jiménez Calvente una muestra rigurosa de cómo paliar dicha carencia. El lector, en suma, puede disfrutar de un libro que analiza una multitud de aspectos y sugiere numerosas ideas, abriendo caminos para reflexiones futuras. Como indica Antonio Alvar en su prólogo admirativo, este estudio aborda un tema difícil “no ya con pulcritud y oficio, sino con verdadera maestría.” No puede pedírsele más a la obra de Jiménez Calvente.

Como muestra del interés, incluyo copia del carteo entre Marineo Sículo y Hernán Núñez, el Comendador Griego (695-700).

Lucii Marinei Siculi Epistolarum Liber Quintus Decimus

1. Lucio Marineo a Hernán Núñez, el Comendador griego

Gracias a Bernardo Gentili (otro italiano afincado en España, dominico e historiador al servicio de los Reyes Católicos, según expone De la Peña y Cámara [1945]), Marineo se enteró de la presencia Hernán Núñez, también llamado el Comendador griego (de todos es conocida su talla como humanista puesta de relieve por su participación en la *Biblia Poliglota* de Cisneros y sus cátedras de griego primero en Alcalá y luego en Salamanca, donde sustituyó a Aires Barbosa); de momento, el italiano, que se encontraba aquejado de unas fiebres que le impedían salir de casa, mejoró en cuanto supo la noticia, pues se puso a imaginar al instante las agradables charlas que iba a mantener con tan ilustre personaje [§ 1]; por ello, nada más conocer su llegada, Marineo le envió un criado para invitarlo y pedirle que no se marchase sin pasarse antes a verlo [§ 2]. Sin embargo, los esfuerzos de Marineo fueron vanos y su criado le anunció que Núñez había partido ya. Tanto afectó a Marineo esa información que la fiebre volvió de nuevo. De este modo, inicia Marineo su carta a Hernán Núñez, una carta cuya única función es la de elogiar al gran humanista español, por quien Marineo dice sentir una profunda y sincera admiración (gran parte de la carta es una hipotética narración de lo que podría haber sido y no fue la conversación entre ambos). De él nos dice que es un gran conocedor de las lenguas latina, griega (*Attica*), hebrea (*Solyma*), siríaca (*Assyria*) [§ 2]. A Marineo le habría gustado decir al Comendador en persona lo mucho que le debe España, que, gracias a su labor, ha conseguido igualar en las artes liberales a Italia (éste es quizás el mayor piropro que puede dedicar Marineo a un erudito español al ponerle al mismo nivel que a los italianos); en esta misma línea de comparar a Núñez con los humanistas italianos, Marineo afirma que Salamanca puede estar ahora tan contenta con el Comendador como lo está Roma con Antonio Flaminio [§ 2] (de ese modo, Marineo trae de nuevo a colación a su querido amigo y compatriota, a quien siempre le gusta tomar como modelo de hombre erudito [*vid.* VI 3]). Todos estos elogios nacen, según Marineo, de la admiración que

siente por el ingenio y las virtudes de Núñez, quien es comparable a los grandes sabios de la Antigüedad [§ 3]; para él, su mérito estriba en su dedicación absoluta desde muy joven a las letras, abandonando cualquier otra diversión [§ 3]. Aunque esta afirmación no es más que un tópico con el que se compara la vida del estudioso con la de un héroe épico-religioso, encontramos que, en el caso de Núñez, esta dedicación absoluta al estudio viene documentada por otras vías; así, Hernando de Herrera en su *Breve disputa* al comienzo del acto sexto señala con claras reminiscencias del prólogo de Nebrija a su *Vocabulario* (vid. Bonilla y San Martín [1920, págs. 93-95]):

Hernán Núñez, que por otro nombre se dize el Comendador, ombre nascido para letras y saber, con tanta ansia y quasi ravia dende su ternez asió de la sciencia que, escalentado de amor como el Platón, dos vezes peregrinó a las Italia, no para cargar de beneficios, como hazen los más, o para empringarse en rentas, mas la primera vez como abeja acuciosa para cojer el primor del latín en su misma floresta do nasce, para traerlo de tan lexos pastos acá; la segunda, para sacar de cuajo y raíz los cinco lenguajes griegos y su antiguo conoscimiento de cosas. Fue a darse un verde de lo griego, y no a darse a los vicios, y [...] no holgó, con su prestez de ingenio, hasta que si vio docto en lo hebreo, caldeo y arávigo [...] quando ambos a dos, él y yo, estábamos en Granada, estava él enamorado del ayunar y desvelarse del beatísimo padre Sant Jerónimo, porque quasi nunca se le quitaba su libro de las manos, y queriendo él trasladar en sí las costumbres santísimas dél, todas las noches del año, quan luengo es, se le passavan sin cena.

También refiere Marineo que le habría gustado preguntarle por su estancia en casa del Conde de Tendilla (descendiente del Marqués de Santillana y gran protector de los estudiosos; además de su relación con Hernán Núñez, el Conde mantuvo una gran amistad con Pedro Mártir de Anglería, quien le dirigió un gran número de cartas y le dedicó su poema *Inachus*, en que narra la embajada del Conde ante Inocencio VIII). Según cuenta Marineo, Hernán Núñez había pasado mucho tiempo en casa del noble (quien podía considerarse por ese motivo más feliz que el propio Alejandro Magno; seguramente, Marineo alude a la conocida anécdota del gran rey en la que éste envidiaba la suerte de Aquiles cantado por Homero [cf. X 3]) y ahora se encarga de la educación de su hijo [§ 4]. Antes de finalizar su carta, nuestro humanista quiere contarle una conversación que mantuvo tres años antes con su padre en Valladolid a fin de mostrarle que ya entonces tenía una elevada opinión sobre su talento [§ 5]. En aquella ocasión, Marineo aseguró al padre de Núñez que su hijo aventajaba a todos los demás estudiosos españoles y, entre ellos, al propio Nebrija. El padre, con todo, matizó el aserto del italiano, pues consideraba que era imposible que su hijo estuviera por encima del propio Marineo y de Nebrija, a lo que nuestro italiano respondió aún con mayor contundencia. En el presente, sigue manteniendo esa opinión y piensa que Nebrija no podrá sentirse ofendido por esa comparación [§ 5]. Años después y como muestra de esa admiración, Marineo incluyó un elogio de Hernán Núñez dentro de la relación de los hombres ilustres de su tiempo inserta en su *De rebus*:

Ceterum vivit hodie Ferdinandus Pincianus, ordinis Sancti Iacobi commendatarius, trium linguarum doctissimus interpres et aliarum quoque peregrinarum particeps,

quem ego, absit invidia, non solum nostri saeculi doctissimis hominibus comparo, verum etiam in veterum praestantissimorum numerum refero.

Marineo decide, al fin, concluir su carta con una nueva manifestación de sus frustraciones y de su desilusión por no haber mantenido un contacto directo con el joven Hernán Núñez, con cuya ayuda podría haber vuelto, a pesar de su vejez, sus ojos al griego al igual que hizo el viejo Catón (Marineo se refiere a la anécdota narrada por Cicerón en el *De senectute* [§ 6]). Además, Núñez podría haber sido también un buen crítico de su *De rebus a rege Ferdinando gestis* [§ 6]. De momento, nada de esto es posible, pues Marineo está demasiado ocupado junto al Rey Fernando, que se sirve de él para los asuntos sagrados y para otros *humana negotia* [§ 6]. En cuanto a la fecha de la carta, a pesar de que no hay indicación alguna, Bataillon [1979, pág. 23, n. 1] considera que la mención de Salamanca nos situaría en torno a 1511, momento en que Hernán Núñez se presentó junto con Alonso de Zamora a la cátedra de semíticas de esa Universidad. Lynn [1937, págs. 255-257], por el contrario, prefiere retrasar la fecha hasta el año 1513 de acuerdo con la alusión al *De rebus a Ferdinando rege gestis* (esta estudiosa ofrece también una traducción parcial de la epístola).

Lucius Marineus¹ Siculus Ferdinando Nonio viro litteratissimo et Sancti Iacobi ordinis equiti salutem.

1. Mecum febris acriter conflixerat superioribus diebus, vir doctissime, quum Bernardus Gentilis ordinis praedicatorum te hic esse mihi nunciavit. Quo quidem nuncio nec gratius mihi quicquam contingere poterat nec optatus. Magnum enim iampridem me videndi tui desiderium tenebat. Ideoque puerum statim misi qui te quaereret meisque precibus obsecraret ut aut ad me ipse venires aut, si fieri sine tuo posset incommodo², ne hinc ante discederes quam mihi te adire per valitudinem liceret. Et cum eodem Bernardo similiter egi ut, si tibi rursus occurreret, mea vota referret.

2. Ad me reversus uterque, cum te paulo ante discessisse mihi retulissent, febris, quam ego repentino gaudio affectus et spe magna tui adventus iam profligaveram, acrius in me subsidii praesentiaeque tuae spe destitutum animoque consternatum praelium redintegavit. Tuus enim discessus eo me gravius affecit quo tu mihi diutius atque vehementius optatus fueras. Quapropter hucusque mihi cum adversaria valitudine quotidie pugnatum est, quam ego, ut arbitror, vincere facillime potuissem si tuum mihi non

¹ Narineus A

² incomodo A

defuisset auxilium, id est, si te vel Assyrio vel Solymo vel Actico vel nostro Latio sermone quam doctissime facundissimeque loquentem audivissem. Si et ego vicissim periucundo tuo recreatus aspectu spirituque salutari focillatus dixissem quantum tibi tota deberet Hispania maximis excellentis ingenii tui muneribus exulta, quae nostris temporibus, te praecipuo auctore, praeclaris humanarum divinarumque rerum studiis et ingenuis artibus Italiae foelicitatem et gloriam adaequavit. Si magnas tibi Salmantica gratias aegisset, si digna meritis tuis praemia persolvisset, quae te, virum moribus et vita praestantissimum, linguarum fidelissimum interpretem et unicum doctrinarum omnium professorem nacta Romae nunc Antonium Flaminium illum, cuius et eruditionis et sapientiae fama iam pridem mirabilis praedicatur a multis, non invidet.

¶ 3. Vide quantum tibi meo iudicio tribuam, multum quidem, sed non iniuria, ne quis igitur miretur neve me aut falso aut plus nimio te laudasse putet. Impar enim sum meritis et virtutibus tuis, quas vehementer admiror, sed satis, ut par est, laudare non possum. Dignus namque mihi videris esse qui cum ingenii tum animi dotibus inter veteres doctissimos atque sapientissimos viros merito reponaris. Quod illi velim mihi sine invidia concedant, qui tempus omne, quod tu maximis laboribus, nocturnis vigiliis, liberalibus disciplinis et perpetuis sapientiae studiis ac immortalitati consecrasti, lusoriis tabellis et carthis imaginibus pictis, tempestivis conviviis, aleae, pilae, perniciosis corporis voluptatibus, inertiae somnoque tribuerunt. Quare te quidem, quem nimio scientiae atque virtutis amore flagrantem nulla diviciarum cupiditas ab optimis sapientiae studiis et maximis indagandae veritatis intentionibus abstraxit, unquam nulla voluptas avocavit, nulla³ laborum magnitudo deterruit, nulla conficiendae longissimae viae difficultas et ascendendi montem altissimum desperatio retardavit, non immerito maximis honoribus et divinis laudibus quam dignissimum iudico et quem non solum ab omnibus Hispaniae doctis et generosis hominibus excolendum, sed ab ipsis quoque regibus, quorum principatus immortalibus litterarum monumentis et micantibus ingenii tui luminibus quasi solis radiis illustras, maximis officiis et amplissimis honoribus honestandum censeo.

4. Hoc ego meum de multiplici tua doctina praestantissimaque virtute iudicium, quod est a multis doctissimis hominibus comprobatum, si te quum hic aderas vidissem, tibi coram liberius declarassem et simul abs te

³ nulla A

quaesivissem quibus rebus, quibus commodis et honoribus te comes Tendilianus, vir doctus, generosus et sapiens affecisset, quae tibi munera contulisset, quanti te faceret cum praesertim tu illi tot annos tuorum studiorum labores et fructus impenderis atque litterarum immortalia dona consecraveris, cuius et nunc filium docte sancteque litteris et moribus instituis. Qui, si suam sortem cognoscit te praeceptorem nactus, fuit Alesandro rege foelicior.

5. Narrasem quid olim mihi cum patre tuo, studiosissimo viro, contigit, quod, quando coram dicere non licuit, absentem tibi breviter exponam. Abhinc iam triennio cum essemus in oppido Valladolido die quo divi Ioannis Baptistae memoria recolitur festumque celebratur, me post rem divinam per eius hospicium transeuntem vocavit e fenestra et ingressum familiariter excipiens ut cum eo essem perhumane rogavit. Cui ego gratias agens morem gessi libenter obsecutus inter prandendum, praeter alia multa quae ultro citroque locuti sumus, postremum de viris qui tunc erant in Hispania doctis nominatim gradatimque sermonem habuimus. In quo cum ego te caeteros omnes eruditione praestare dixissem, ille, ut est vir modestus et prudens, assentiri mihi nequaquam voluit nisi duobus exceptis, Siculo poeta scilicet et Antonio grammatico, cui ego respondens aut «in re litteraria» –dixi– «filium tuum non bene cognoscis aut si cognoscis eius quidem eruditionem perbelle disimulas. Tuus enim filius tanto Siculum et Antonium praestat doctrina et omni genere scientiae, quanto filium tuum Siculus et Antonius aetate praecedunt vel potius quanto maiores gigantes sunt pygmeis, muribus elephantibus, hirundinibus⁴ aquilae, delfinis balenae Britannicae». Nec, ut arbitror, huic sententiae meae, nisi plus aequo placeat, sibi repugnabit Antonius, qui nimirum hac ratione melioris conditionis esse mihi videtur quam ego sum, quod te frui tuaque consuetudine iuvari plurimum potest.

6. Nam hoc ego facere si possem, honeste, libentissime quidem et regiae curiae magnatibus et ipsi Ferdinando regi salutem dicerem. Nihil enim, crede mihi, vehementius opto quam vitae meae residuum tecum consumere, quae quidem res sola facere meo desiderio satis posset. Propterea quod et commentarios⁵, quos *De rebus a rege Ferdinando gestis* conscripsissem, limatissimo tuo politissimoque iudicio subiicerem ut eos mihi recognosceres et emendares⁶. Et tibi Graecis in litteris, quas ab adolescentia maxime

⁴ hirduninibus A

⁵ comentarios A

⁶ emandares A

concupivi, nunc quamvis senio iam confectus exemplo tamen Catonis tanquam puer operam darem et Latinis praeterea veteranus excolerer atque Babylonicis et Palestinis lectionibus licet propter aetatem minus idoneus nonnumquam tamen interessem. Hoc enim meis votis evenire maius nihil posset, nihil melius, nihil foelicius, nihil optatius. Sola namque tua consuetudine tuoque colloquio nec ulla re alia contentus essem. Sed quoniam id per Ferdinandum regem, qui me divinis in rebus et humanis negociis frequenter utitur, mihi facere non licet, absentiam tuam vel invitus feram necesse est. Vale.